

Jorge Donn o la luminosidad

Existe una fotografía tomada en el Grand Palais, el año de 1989. En ella se ve a dos amigos que caminan entrañablemente abrazados. En sus rostros hay tristeza y una grave resignación, tal vez por el destino inevitable de uno de ellos. Saben que mientras llegue la muerte, juntos celebrarán la vida, danzando. Existe también un libro que contiene fotos de las coreografías, además de los profundos textos de Maurice Béjart. Este libro está dedicado a Jorge Donn, al hojearlo uno casi palpa la intensidad de una de las más bellas relaciones, no sólo de dos amigos, sino de dos creadores.

Jorge Donn nació en Buenos Aires, el 29 de febrero de 1947. Desde muy pequeño inició sus estudios de danza en el Teatro Colón. Cuando tenía dieciseis años, el Ballet del Siglo xx de Maurice Béjart hizo una gira por América del Sur. El deslumbramiento del joven fue absoluto, tanto, que inmediatamente viajó a Bélgica y le pidió a Béjart que lo dejara ingresar a la compañía. Con ciertas reservas por su escasa edad, el coreógrafo belga no pudo negarse, seguramente porque desde que lo vio percibió en él esa cualidad indefinible que sólo poseen ciertos seres, tales como Nijinsky, Pávlova, Nuréyev... ese don que va mucho más allá de las capacidades técnicas e histriónicas, algo que tiene que ver más con cierta luz interna de alguien que parece no pertenecer a este mundo y cuya única misión en esta vida es bañarnos con ella, revelarnos otro mundo, conmovernos, transformarnos...

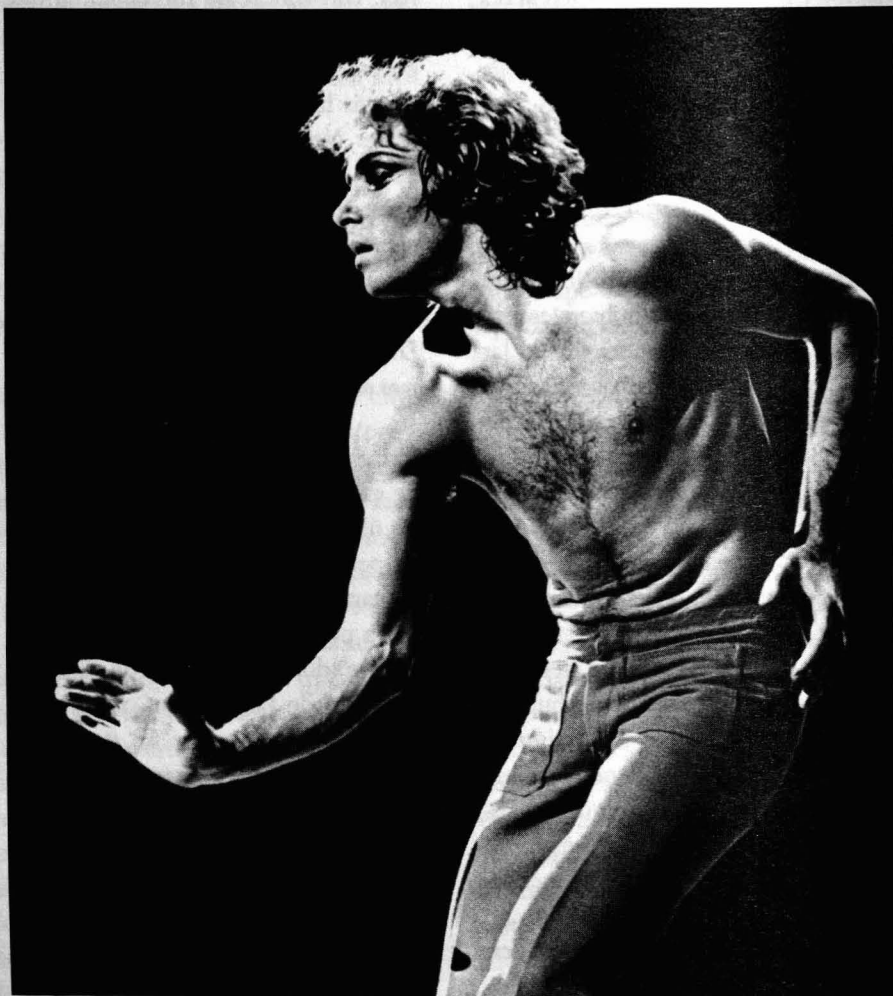
La intensa relación entre bailarín y coreógrafo fue inmediata. En 1964 Donn ya tiene un papel protagónico en la *Novena sinfonía* con música de Beethoven; poco después será el inolvidable personaje del *Romero y Julieta* que Béjart crea con la música de Héctor Berlioz. En 1967 participará en la *Misa por el tiempo presente...* Donn encarnará a Krishna, en *Bakhti*, será el payaso de dios en *Nijinsky*, el cisne en *Leda*, el poeta en *Fausto*; también llegará a

ser un pájaro de fuego y el único que sustituirá a la Plietskaya al interpretar el inolvidable *Bolero* de Ravel, siempre conmoviéndonos, siempre dejándonos la tarea imposible de descifrar el maravilloso misterio que palpita en ese cuerpo, formado con voluntad y disciplina —que tan lejos estaba de la belleza convencional— y en ese rostro que a cada momento se transfiguraba para crear a los más conmovedores personajes. Donn fue parte medular de esas sublimes y monumentales coreografías en donde espacios, luces, elementos teatrales, voz, todo, está al servicio del movimiento de los cuer-

pos, de un lenguaje dancístico tan profundo y total como es el de Béjart.

Sin duda Jorge Donn encarnaba totalmente lo que para Béjart era el bailarín ideal: un ser sublime que distaba mucho de ser afeminado y frágil, un ser que poseía toda la virilidad, pero además la cualidad de lo andrógino que tan bien define este coreógrafo:

El ideal de perfección de un sexo comprende siempre una parte de la perfección del otro. El sueño de lo andrógino ha perseguido a filósofos, poetas, escri-



tores... Yo detesto a los bailarines afeminados, los encuentro muy contrarios al arte, sin embargo un ser con la anterior característica puede tener posibilidades múltiples y más ricas...¹

La carrera artística de Donn fue vertiginosa, deslumbrante, su enigmática imagen aparecía en portadas de revistas, carteles, periódicos, y es que quien haya tenido el privilegio de ver bailar a este iluminado ser, jamás podrá olvidar la belleza de su arte y su increíble capacidad de metamorfosis. Varias veces tuvimos la oportunidad de verlo en México, cuando el Ballet del Siglo xx participó en el Festival Cervantino y, en otras ocasiones, cuando bailó en el Palacio de Bellas Artes. Será inolvidable el recuerdo de aquella presentación del grupo en la Alhóndiga de Granaditas (tan apropiada para esta compañía ya que a Béjart le encanta crear espectáculos para espacios abiertos), en la que al final Donn interpretó, como sólo los dioses lo hacen, el *Bolero* de Ravel (coreografía de Béjart), conmoviendo al público notablemente.

Aunque algunas veces Donn se "escapara" de Béjart, como en 1976 cuando viajó a Nueva York para bailar con el New York City Ballet de Balanchine, o cuando él y Marcia Haydée decidieron presentarse solos, como pareja, siempre el bailarín se reuniría con su maestro y entrañable amigo. Es impresionante comprobar cómo este mágico bailarín encarnó no sólo el arte sino los pensamientos de Béjart, quien curiosamente alguna vez, en una entrevista en donde habla acerca del hombre y la danza, afirma que en una relación entre dos hombres, sin que ésta necesariamente sea sexual, puede surgir uno de los más altos grados de ternura; explica cómo la mayoría de los seres humanos tenemos miedo de tocarnos pero menciona a los italianos y a los árabes que tan naturalmente van por las calles tomados del brazo o de la mano sin tener el menor prejuicio...² Y esto por supuesto no es una mera teoría, ya que él tuvo esta intensa y auténtica vivencia hasta que la muerte se llevó, el 30 de noviembre de 1992, a un ser único que nos bañó con la luz de su arte: Jorge Donn.

Existe una fotografía en la que un ser iluminado mira al infinito... sabe su inevitable destino. Un tierno payaso con un rostro pleno de amor y compasión lo abraza (y tal vez le murmura: "No temas, éste será sólo un viaje, pero tu danza es y será luminosa, eterna... pura..."). ◇

¹ *L'homme et la danse*. Editions Vilo-Paris, 1980.

² Ibid.

La eternidad por fin comienza un lunes de Eliseo Alberto

Hernán de Jesús Becerra Pino.

Esta novela es una triste historia de amor de honda melancolía. Todo comienza con la muerte de un león (Metro Goldwyn Mayer) y su consecuencia trágica en el corazón atormentado de su compañero el domador Tartufo, con quien compartió su jaula a manera de alcoba, a la hora de dormir, y quienes juntos como un ovillo se prodigaban calor y compañía. Murió a consecuencia de una indigestión (en medio de retortijones y quejidos) por haber comido una buena cantidad de fruta podrida que Caifás el enano le tiró a la jaula por equivocación, en lugar del bote de basura. El llanto del domador era inconsolable: balbuceó mientras Asdrúbal el Mago cavaba la fosa de felino: "cabremos los dos". La ternura que estas palabras encierran indican el propósito del autor de darle un giro contrario a la tradición de la novela latinoamericana contemporánea que siempre expresó violencia. Ternura que excepcionalmente sólo se percibió en la novela indigenista.

Novela que nos reconcilia con el género; su encuentro amistoso, casi un acto de amor, se da a través de su humanismo, dramatismo, alegría y tristeza, su melancolía y su nostalgia. La novela tiene lugar en cualquier país latinoamericano, donde "se siente más que se piensa". Un mundo donde pensar y entender es lo de menos, lo importante es sentir.

La eternidad por fin comienza un lunes de Eliseo Alberto es heredera de la más tradicional novela hispanoamericana de los últimos años. El realismo mágico de Gabriel García Márquez se hace presente en todo momento en la obra. Mundo en que uno no sabe si es la realidad producto de la alucinación, si ésta producto de la realidad, o ambas cosas.

En la novela vemos ese mundo marginado pero que nunca deja de ser maravilloso: el circo. Lugar mágico y encantador en donde todo puede suceder y en donde todo se muestra, se exhibe, en ese afán de quererse levantar de esa caída yecta en el universo, en la complejidad del ser. La novela misma está estructurada como una función de circo, dividida en dos actos con intermedio. Es una pasarela de grotescos y extravagantes personajes que caminan en un ir

como si vinieran y en un venir como si fueran, que cruzan sus destinos y sus apuestas alrededor de la tragicómica historia de amor entre Anabella la trapecista del Circo Cinco Estrellas y Asdrúbal el Mago. El circo para Eliseo Alberto es el telón y el fondo. Es el aquí y allá de su libro. Esta novela de entre amores te vieras, cautiva al lector desde la primera página. Al finalizar nos damos cuenta de cómo el circo es una imagen de la vida misma. Una presentación alegórica de la realidad, que conmueve al lector profundamente al hacerle ver la insignificancia y levedad de su ser. Y que le sirve como válvula de escape ante la sinrazón de su existencia: hay que recordar que después de la tragedia viene la comedia.

Encontramos en la obra ecos de las voces de Günter Grass en *El tambor de hojalata* y de *Memorias de un payaso* de Heinrich Böhl. Es decir que la novelística alemana contemporánea, a través de estos dos exponentes, se hace presente en la obra de Eliseo Alberto.

Algo que llama la atención es la capacidad que tiene el autor de ubicar varios puntos geográficos de América Latina en un afán de llegar a hacer una novela totalizadora. Así, el autor describe en su narración el río Paraná, Centroamérica, la campaña cubana, ecuatoriana y uruguaya; el león de California, los cangaceiros del Sertón del noreste del Brasil, etc. Es decir, forma un collage en donde podemos vislumbrar todo el continente americano, sin dejar de lado a los Estados Unidos.

Para finalizar, cabe señalar que en algunos personajes del circo vemos un eco de la novelística de Mario Vargas Llosa en su *Guerra del fin del mundo*: la barbuda por ejemplo y otros más. También hay una gran influencia de la estructura e imagen cinematográfica, producto de una lente muy abierta para ver el mundo que ha aprendido y usado los mecanismos del cine. ◇

Eliseo Alberto, *La eternidad por fin comienza un lunes*, México, Ed. del Equilibrista, 1992, 380 pp.